

el fondo de su ternura, un consuelo.... el consuelo no llegó *nunca*. Yo habia adivinado cuál era la mano que habia levantado entre ambas un obstáculo....

—Y cuál era esa mano?

—Me decia, tambien amo lo que ella ama.... he puesto su querido nombre á mi hija..... cuando yo soñaba, se apoderaba de mí un temor: si llegaríamos á ser rivales!.....

Elena procuró sonreirse; pero se vió obligada á comprimirse con sus manos los latidos de su corazon.

—Descansemos, dijo.

Jorge continuaba sosteniéndola casi en sus brazos.

—Este era su pensamiento, así lo expresaba: supuesto que ambas tenemos el mismo corazon, ella amará al que yo ame.... el que me ha engañado, puede ser que tenga el poder de engañarla....

—Ojalá que hubiéramos tenido el mismo corazon! dijo Elena, yo no he amado *nunca*.

Su mirada encontró la de Jorge Leslie. Ella se turbó.

—Llebadme á donde está mi madre, murmuró, me siento mal!

—Y aquel que me amaba, prosiguió Jorge—es siempre Ellen la que habla..... aquel que me amaba lo amaré.... estoy segura de ello.... yo lo sé!

—Os lo suplico, repitió Elena, llevadme á donde está mi madre.

Su mirada se ofuscaba.

Jorge, en lugar de obedecer, atravesó el quicio del tercer salon. Elena estaba incapaz de reconocer su camino.

A la entrada de este salon, el duque de Rivas estaba sentado al lado de su mujer; tenia descubierto todavía el rostro; las mugeres nacidas en el ardiente suelo de los trópicos, tienen un género de belleza distinto del de las nuestras; algunas, sin embargo, reunen en un conjunto adorable los contrarios tipos de la inglesa y de la española.

Su mirada es mas poética al través de sus largas pestañas.

Hay en ellas la pasion y la melancolía, la piedad austera y el vivo amor del placer: prudentes y ligeras, púdicas y fogosas; ya alegres como el pájaro que canta regocija-

ALFONSO ALFONSO

UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

do en la primavera, ya tristes buscando, yo no sé que recuerdo de otro mundo que vagamente sienten....

La duquesa de Rivas estaba tan espléndidamente bella, con su camail cuajado de diamantes, que reflejaban sobre su cuello de cisne, que se obserbava á su derredor un murmullo de admiracion.

El duque la contemplaba orgulloso de poseer tan maravilloso tesoro.

El duque era un hombre de cuarenta años, taciturno, altivo y triste como un español.

Cuando Jorge Leslie atravesó el umbral, llevando del brazo á la señorita de Boistrudan, la duquesa de Rivas se estremeció. El duque se inclinó hácia ella y le dijo:

—Es él?

La duquesa movió la cabeza afirmativamente.

El duque siguió con una mirada estraña á la jóven pareja que se alejaba.

—Me habeis dicho la verdad, señora? prosiguió.

Y cuando la duquesa movia los lábios

para contestarle, Rivas la interrumpió con un gesto lleno de cortesía.

—No es una pregunta la que os hago, dijo, tengo confianza en mi muger.... Habeis amado cuando érais niña, y habeis permanecido pura, está bien, habeis hecho de vuestro marido un confesor, esto es grande.... Vuestro marido os dá las gracias y no pone á vuestra libertad otro límite, que el honor de su nombre, que es necesario conservar á los ojos del mundo... el mundo no comprende siempre lo que es bueno y lo que es grande.... A dios, señora, yo os amo; no me encontraréis esta noche en vuestro camino, sino en el caso que tengais necesidad de mí.

Levantó la mano de la duquesa hasta sus lábios

Esta mano se comprimió fuertemente contra su boca, y la duquesa respondió:

—Yo tambien os amo!

Cuando el duque se marchó, la mirada de la hermosa criolla, se dirigió hácia Jorge y Elena.

Qué originaba la emocion que hacia temblar una lágrima en sus párpados?

BIBLIOTECA ALFONSINA

UNIVERSITARIA

B. A. N. LI

—Madre de Dios! es cierto, yo lo amo! lo amo!

Un vago suspiro exhaló de su pecho.

—Yo ví á la pobre Ellen, hermosa, aun en medio de la tristeza de su abandono. . . . ésta, es la otra en los dias de su esperanza y de su alegría. . . . el corazon del amante de Ellen, se engaña, no se ha mudado. . . Virgen Santa, concededle una muerte dulce á la mártir, y que estos, sean muy felices acá en la tierra.

Suspiró de nuevo, y entonces, sin hacerse gran violencia trajo á sus labios la sonrisa para acoger el círculo de adoradores que la rodeaba.

—Os poneis mala, Elena, decia en este momento Jorge, que sentia á la jóven desmayarse entre sus brazos.

Una ventana abierta daba sobre un terrado cubierto de flores; Jorge lo atravesó para procurar el aire fresco de la noche á la abrazada frente de la señorita de Boistrudan.

—No, prosiguió él, os engañais señorita; el que amaba á Ellen no la ha abandonado. . . . aun despues de su desgracia, que nunca llamó una falta, el conde Alberto se

miró siempre como el esposo de miss Talbot hasta el dia en que ella le dijo:

—Yo pertenezco al padre de mi hija, no quiero ya vuestro amor.

Ella, ya no lo amaba? murmuró Elena, que escuchaba á pesar suyo y que no podia librarse del poder irresistible y misterioso que la encadenaba al lado de Leslie.

—No lo amaba ya. . . . replicó este, qué sé yo. . . . Ellen Talbot es una noble jóven, virtuosa despues de su desgracia y que habla á Dios sin terror. . . . despues de haber dicho al conde Alberto: no quiero ya vuestro amor, añadió, repitiendo sus propias palabras: el que me ha amado amará tambien á Elena, mi hermana. . . . Elena mi hermana amará al que yo he amado. . . lo sé, lo siento!

La señorita de Boistrudan se estremeció como si despertara de un sueño.

—Se acabó el wals, por qué estamos aquí?

Jorge la ofreció la mano para entrar al salon.

Los que van á morir son profetas, prosiguió, entre tanto atravesaba por medio de la multitud; Ellen, ha dicho tambien.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII
UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

—Elena no podrá amar jamás al que me ha engañado!

—En nombre del cielo! señor, exclamó la joven que se detuvo repentinamente, explicaos..... yo no os conozco..... vuestras palabras me parecen amenazas.

—Son las palabras de una moribunda, señorita, respondió Jorge, y yo cumplo una promesa sagrada repitiéndosla.

—Ellen habrá muerto!.... y vos me habeis ocultado.....

—Ellen vive..... ella aguarda un padre para su hija..... de qué modo, por su voluntad, ó por fuerza.... que su seductor dé su nombre al hijo y Ellen no detendrá mas tiempo su noble alma que volará hasta Dios.

Algunos pasos los separaban todavía del lugar donde habian dejado á la marquesa.

—Una palabra por último, dijo Jorge, independiente de nuestra voluntad, habrá entre nosotros un vínculo, señorita..... No os volveré á ver esta noche..... acaso no os volveré á ver jamás!.....

—En nombre de Ellen os conjuro á que me hagais una promesa.....

—Cuál es!

—No concedais vuestra mano al vizconde Enrique de Villiers.

—El matrimonio está arreglado, objetó la joven, cuya turbacion habia llegado á su colmo.

—Este matrimonio es imposible! pronunció lentamente Leslie.

—Podré creerlo!.... comenzó Elena.

—La señora marquesa os llama.... mañana á las nueve estaré arrodillado delante del altar de la vírgen en Santo Tomas de Aquino.... os diré yo mismo, porque Ellen vuestra hermana, os prohíbe casaros con este hombre.... Si no me encontrase allí, una persona os dará una carta que contenga la esplicacion de lo que os prometo.... Hay la costumbre de creer en la última palabra de los que van á morir.... vos me creeréis, señorita!

Saludó profundamente, dejando á Elena estupefacta y mas fria que un mármol, al lado de su madre.

Esta se hallaba en un estado próximo á la fiebre, que en medicina se designa con el

nombre de escitacion. La confidencia del vizconde fermentaba en su interior.

Como ella no habia encontrado á nadie con quien hablar, debemos hacer constar que ella habia sido discreta.

—Miraos toda descompuesta, Elena, el wals no os prueba.... Ah! si supiéseis lo que acabo de saber!

Elena la miraba atentamente y como aturdida.—os sentís indispuesta? prosiguió la marquesa; el wals exige un esfuerzo grande; podria decirse que son dos títeres que giran sobre pibote!.... En mis tiempos, los bailes eran tan mensurados y tan graciosos.... pero en el dia, con el pretesto del progreso, todo está echado á perder.... Dais vueltas y mas vueltas, eso os divierte, muy bien, pero como no sois trompo de Alemania, vuestro corazon acaba por dar vueltas tambien.... Daos un poco de aire, Elena, á Dios gracias, esto no será nada.

Alargó en seguida el cuello para ver á uno vestido de pirata que pasaba con un pañal en la cintura.

—Será él!.... murmuró.

El pirata la saludó magestuosamente.

—Eh! no, exclamó ella, si es ese pobre de Grecourt!..... Este no mataria una mosca.....

—Cómo os sentís ya, Elena?

—Mejor, madre mia.

—Estaba segura de ello; ahora decidme, qué clase de hombre es este M. Jorge Leslie?

—Qué clase de hombre? repitió Elena maquinalmente.

La marquesa se volvió hácia ella y la miró mas atentamente.

—Qué tienes, mi vida? nunca te habia visto así!

—No tengo nada, madre mia, respondió Elena.

—Hace mucho calor! prosiguió la buena señora. Has visto á la duquesa, está verdaderamente encantadora!..... yo no sé si su deslumbrante camail es de moda, pero lo cierto es, que le está muy bien!.....

Elena experimentó calosfrio, y vaciló en su asiento.

Si estás mala, dijo la marquesa, nos iremos.

—No, respondió Elena.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

B. A. N. L.

—Podría jurarse que tú has experimentado alguna emoción. . . . por ventura habrás oído hablar de lo que aquí pasa?

Elena fijó sobre su madre sus ojos, reanimados repentinamente.

—Qué es lo que pasa? preguntó.

—Chut! exclamó la marquesa, he aquí á M. de Grécourt que busca con quién bailar.

M. de Grécourt, vizconde, se acercó á la señorita de Boistrudan, y le pidió la próxima cuadrilla, la cual le fué rehusada, retirándose en seguida con la mano puesta en el mango de marfil de su *kangiar*.

—He prometido el secreto, prosignió la señora marquesa, respondiendo á la pregunta de Elena. Ah! qué asunto tan terrible! . . . si alguno tiene motivo de pasarla mal esta noche, sería yo. . . . Si tú supieras lo que me ha dicho Enrique! . . .

Elena volvió la cabeza.

La marquesa le apretó el brazo suavemente.

—Acércate, dijo. . . . acércate mas. . . . no se puede hablar de estas cosas sino en el oído. . . . Recuerdas bien la historia de ayer? Este frances que engañó á la pobre

de Ellen, y su enemigo el conde Alberto de Rosen.

Elena no respiraba.

—Este duelo á muerte, continuó la marquesa, contenta por el efecto que producian sus palabras, este pacto de sangre. . . .

—Y bien! . . . exclamó la jóven cuyas heladas manos se apoderaron de las de su madre.

—Estás yerta. . . . pues bien. . . . serénate. . . . el frances y Rosen están aquí, en el baile.

—Es posible! madre mia. . . .

—Es positivo.

—Luego entónces, pronunció penosamente Elena, que parecia presa de un agitación extraordinaria, van á encontrarse. . .

—Se buscan para batirse.

Elena espermentó una contracción nerviosa.

Su garganta no pudo por un momento dar paso al aire.

—Sí. . . . sí, se buscan, exclamó con una voz breve. . . . yo debí haber comprendido. . . .

—Comprendido, qué? preguntó la marquesa; os han hablado de esto?.....

—En efecto, se interrumpió vivamente, tú acabas de bailar con M. Jorge Leslie, mi vida..... tú debes saber algo..... acaso habrás visto?.....

Elena apoyó sus manos contra su corazón.

Yo creo que he visto al conde Alberto de Rosen, madre mia, dijo con voz ahogada.

—Dónde está? puedes enseñármelo? lo reconocerás!

—Y creo también, prosiguió la jóven, que vos, madre mia, habeis visto al frances que ha dado la muerte á nuestra pobre Ellen....!

La marquesa se levantó como una leona.

—Habla claramente! esclamó; lo quiero!

Elena exhaló un profundo suspiro; sus labios se pusieron blancos, su cabeza se inclinó sobre el hombro de la marquesa.

Estaba desmayada.

XXI

LA ESTRELLA POLAR

“No es nada, decia Lafontaine, es una mujer que se ahoga.”

Sin llevar el estoicismo tan léjos, se podia decir muy bien al ménos, que en un baile, un desmayo es una de las cosas mas comunes.

El calor es siempre el motivo obligado de estas pequeñas catástrofes. Pero pensad también, cuántos dramas tienen su origen en estos espléndidos lugares, cuántos amores, cuántos ódios, y cuántas, por consiguiente, peripecias necesarias!